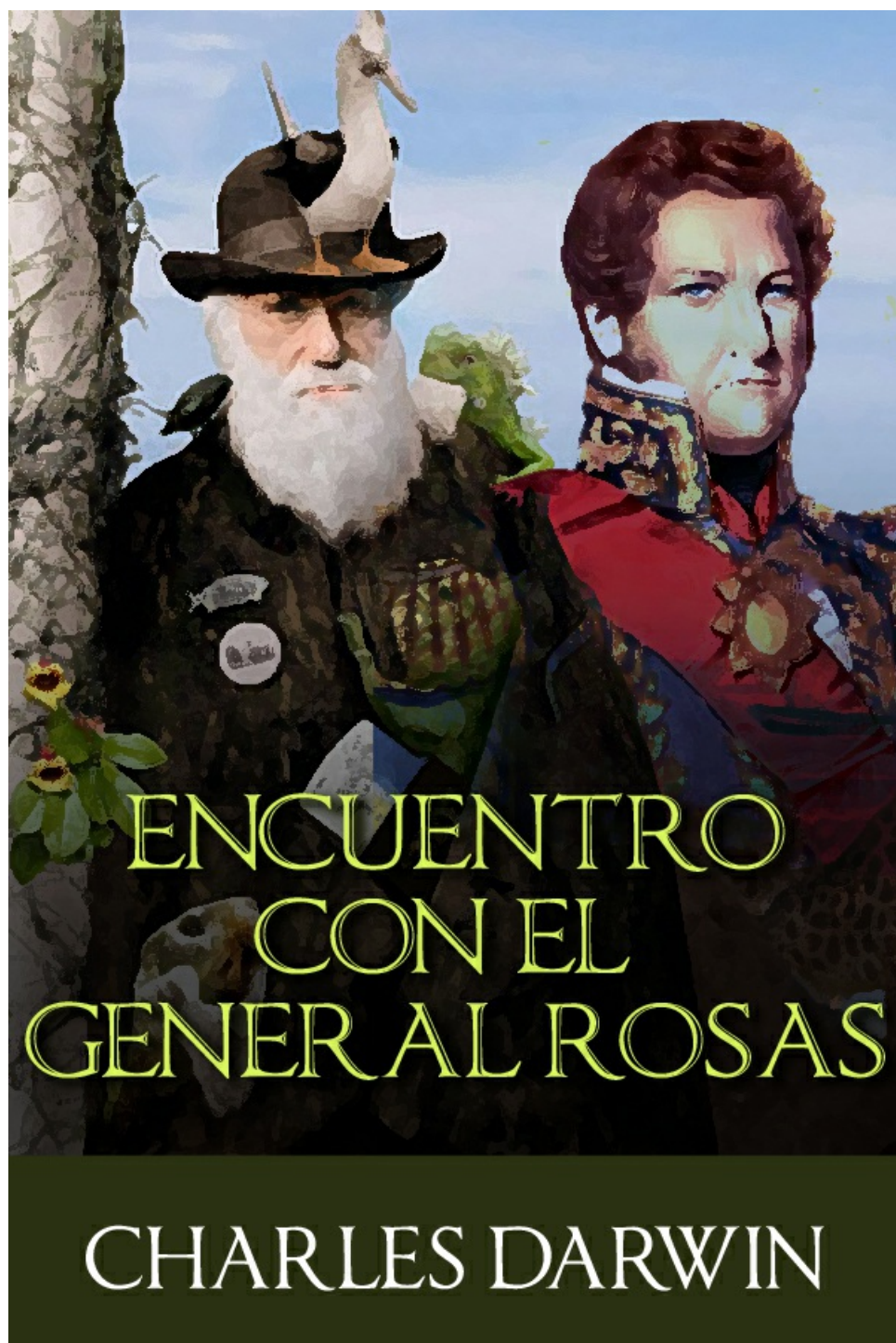




Encuentro con el General Rosas



BajaLibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-34-0017-9

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

A la mañana siguiente, al acercarnos al Río Colorado, vimos cambiar el aspecto de la región, y pronto llegamos a una pradera cubierta de césped que, con sus flores, su trébol crecido, y sus pequeños búhos, se parecía mucho a las pampas. También dejamos a nuestro paso un fangoso pantano bastante extenso, que en verano se seca y queda cubierto de incrustaciones de diferentes sales, de donde deriva su denominación de salitral. Estaba recubierto de plantas bajas y carnosas, de la misma clase que las que crecen a orillas del mar. El Colorado, en el paso por donde lo atravesamos, tiene solamente unas sesenta yardas de ancho, aunque por lo general su anchura debe ser el doble. Su curso es muy sinuoso y está jalonado de sauces y macizos de juncos. Según se me informó, la distancia hasta la desembocadura era de nueve leguas en línea recta, pero de veinticinco siguiendo el curso del río. Nos demoramos al cruzarlo en canoa debido a la presencia de unas enormes tropillas de yeguas que nadaban por el río siguiendo una división de tropas que se hallaba en el interior. Jamás contemplé un espectáculo más cómico que esos cientos y cientos de cabezas, todas en la misma dirección, con orejas erectas y resoplantes narices, emergiendo apenas sobre la superficie del agua como un enorme banco de algún tipo de anfibio. La carne de yegua es el único alimento que utilizan las tropas en campaña. Esto les da una gran facilidad de movimiento, pues la distancia que los caballos pueden recorrer sobre estas llanuras es sin duda sorprendente: me han asegurado que un caballo, si no lleva carga, es capaz de recorrer cien millas diarias por espacio de varios días ininterrumpidamente.

El campamento del General Rosas estaba situado junto al río, y consistía en un cuadrado formado por carretas, artillería, chozas de paja, etc. Los soldados eran casi todos de caballería, y yo diría que un ejército integrado por gentes con tal apariencia de villanos y bandoleros jamás podía haberse reunido en época alguna. La mayor parte de los hombres eran mestizos de negro, indio y español. No sé por qué razón, pero la gente de esa sangre, rara vez tiene una buena expresión en el semblante. Me dirigí al secretario de Rosas para presentarle mis pasaportes, y comenzó a interrogarme en forma grave y misteriosa. Afortunadamente traía conmigo una carta de recomendación del gobierno de Buenos Aires para el Comandante de Patagones, la que fue llevada al General Rosas. Este me envió un mensaje muy atento, y el secretario regresó lleno de sonrisas y amabilidad. Nos alojamos en el rancho de un anciano español muy singular, que había servido con Napoleón en su expedición contra Rusia.

Permanecimos dos días en el Colorado, durante los cuales poco pude hacer, pues la zona adyacente es un pantano que en diciembre, al llegar el deshielo del verano en la Cordillera, queda inundado por el río. Mi más grande entretenimiento fue el de observar las familias indias cuando venían a comprar artículos de poca estábamos. Se calcula que el General Rosas tenía alrededor de seiscientos indios considerados como aliados suyos. Esta gente era de una raza de estatura elevada y de buena apariencia. Sin embargo fue fácil ver, más adelante, el mismo semblante en los salvajes fueguinos, pero enormemente afeado por el frío, la falta de alimentos, y la inferior civilización. Algunos autores, al definir las razas principales de la especie humana, han efectuado una distinción, separando estos indios en dos clases, lo que en realidad es incorrecto. Entre las mujeres jóvenes, llamadas "chinas", las hay que merecen hasta ser calificadas como bellas. Su cabello es grueso, pero brillante y negro, y lo llevan en dos trenzas que les llegan hasta la cintura. Su color es bastante oscuro, y sus ojos relucen con fulgor; sus piernas, pies, y brazos son pequeños y bien formados. Se adornan los tobillos, y a veces la cintura, con anchos brazaletes de cuentas azules. Nada pude ver más interesante que algunos de estos grupos familiares. Una mujer con una o dos de sus hijas, por ejemplo, llegaban a menudo a nuestro rancho montadas en el mismo caballo. Cabalgan como los hombres, pero llevan las rodillas más arriba, acaso por estar acostumbradas a viajar en los caballos que llevan la carga. Los deberes de la mujer india consisten en cargar y descargar los caballos, levantar las tiendas por la noche; en una palabra, son esclavas útiles, lo que sucede con todas las mujeres de los salvajes. Los hombres guerrear, cazan, cuidan de los caballos, y fabrican los arreos. Una de sus dos piedras principales tareas caseras es la de golpear entre sí para redondearlas, con el objeto de fabricar las boleadoras. Con esta importante arma los indios van de cacería no sólo de los animales que utilizan en su sustento, sino también de sus caballos, que corren las llanuras libremente. En la pelea, lo primero que trata es de echar por tierra al caballo de su oponente mediante el uso de las boleadoras, y cuando su adversario está trabado por la caída, entonces trata de matarlo con el chuzo. Si las boleadoras sólo llegan a sujetar el cuerpo o el cuello del animal, suele huir con ellas, y el indio las pierde. Como la tarea de redondear las piedras toma un par de días, su fabricación es una ocupación muy común. Varios de estos indios, tanto hombres como mujeres, usaban el rostro pintado de rojo, pero no vi en ninguno las franjas horizontales que acostumbran pintarse los fueguinos. Su mayor orgullo es el de poseer toda clase de artículos de plata: vi un cacique que usaba espuelas, estribos y freno de plata, y también un cuchillo con el mango de este metal; la cabezada y las riendas eran de alambre de plata, y no más gruesos que la tralla de un látigo. El hecho de ver un caballo tan brioso obedeciendo las órdenes que su amo le transmitía mediante unos arreos tan delicados, era realmente un ejemplo de notable elegancia en materia de equitación.

El General Rosas insinuó que deseaba verme, cosa que más adelante hizo que me sintiera sumamente complacido. Tiene una extraordinaria personalidad y goza de una influencia notable en el país. Parece probable que la ejercerá en pro de la prosperidad y el adelanto de su patria. Se dice que posee setenta y cuatro leguas cuadradas de tierra y alrededor de trescientas mil cabezas de ganado. Sus estancias son administradas admirablemente y producen una cantidad mucho mayor de trigo que las de otros hacendados. Rosas se hizo famoso, en primer lugar, por las reglamentaciones que dictó para sus propias estancias, y por haber impuesto una gran disciplina sobre varios centenares de hombres, con el objeto de rechazar eficazmente los ataques de los indios. Se cuentan muchas historias relativas a la rigidez con que ponía en práctica sus disposiciones. Entre otras cosas, éstas prohibían absolutamente a todo el mundo, so pena de ser puesto en el cepo, llevar cuchillo los domingos. Como era ese día cuando más se jugaba y se bebía, se suscitaban infinidad de riñas, y por el hecho de que generalmente se peleaba a cuchillo, los resultados eran con frecuencia fatales. Un domingo llegó el Gobernador, con gran pompa, a visitar la estancia, y el General Rosas, apurado por verle, salió a recibirle con el cuchillo en la cintura, como era su costumbre. El mayordomo le tocó el brazo, recordándole las reglamentaciones, a lo que Rosas, volviéndose al Gobernador, le manifestó que mucho lamentaba tener que abandonar su compañía, pero debía ser puesto en el cepo y hasta que no le soltaran, no tenía autoridad alguna, aun hallándose en su propia casa. Al rato, convencieron al mayordomo de que abriera el cepo donde Rosas se encontraba, dejándole en libertad, pero tan pronto como así lo hizo el General se encaró con él diciéndole: Ahora es usted quien ha quebrantado los reglamentos, de modo que deberá ocupar mi lugar en el cepo". Estas cosas encantaban a los gauchos, que poseen un concepto muy elevado de su propia igualdad y dignidad.

El General es, además, un consumado jinete, lo que representa una habilidad fundamental en un país donde una vez un ejército, luego de haberse reunido, seleccionó al general que encabezaría sus tropas mediante la realización de la siguiente competencia: se llevó una tropilla de caballos indómitos a un corral, y se les hizo pasar de a uno por una salida que daba a campo abierto, sobre la cual había un travesaño; se había decidido previamente que quienquiera se dejara caer desde el travesaño sobre uno de estos animales cerriles, a su paso hacia la libertad, y fuera capaz sin usar silla ni riendas no sólo de cabalgar en él sino de traerlo de vuelta a la puerta del corral, sería elegido general. El hombre que venció en esta competencia fue en efecto llevado a general, habiendo resultado el comandante adecuado para tal ejército. Esta extraordinaria proeza fue también llevada a cabo por Rosas.

Por medio de estos recursos, y haciendo suyas las costumbres y la indumentaria de los gauchos, Rosas ha alcanzado una popularidad sin límites en el país, y por lo tanto, una tiránica ascendencia. Me afirmó un comerciante inglés que habiéndose arrestado a un hombre acusado de asesinato, al preguntársele la causa de su acción contestó: "Habló mal del General Rosas, y por eso lo maté". Una semana después el asesino estaba en libertad. Seguramente fueron los partidarios del General quienes dispusieron esto, y no él mismo.

Conversando con él, Rosas se muestra vehemente, sensato, y extremadamente serio. Lleva su seriedad a límites desusados: una vez escuché la anécdota siguiente de boca de uno de sus bufones (tiene dos de estos histriones, como los barones de antaño: "Tenía muchos deseos de escuchar una determinada pieza de música, de modo que me presenté ante el General dos o tres veces para pedirselo. Me contestó que no le molestara, pues estaba ocupado. Al ir nuevamente, me dijo que si volvía, me castigaría. Por tercera vez fui a verle, y echó a reír. Salí de su tienda como un rayo, pero ya era muy tarde: les había ordenado a dos soldados que me detuvieran y me estacaran. Rogué por todos los santos del cielo que me perdonara, pero no lo hizo: cuando el General se ríe, no perdona a nadie, ya sea loco o cuerdo". El pobre bufón todavía se estremecía de dolor al recordar el suplicio. Se trata de un castigo muy severo: se clavan cuatro estacas en el suelo y se ata al condenado de pies y manos, dejándolo que se estire allí, en posición horizontal, durante varias horas, al encogerse las correas de cuero fresco con las que se la sujetó. Evidentemente la idea proviene del método generalmente utilizado para secar los cueros. Mi entrevista con Rosas terminó sin haberle visto sonreír, sin embargo obtuve un pasaporte y una autorización para emplear las postas del gobierno, todo lo cual me fue concedido del modo más amable y diligente.

A la mañana siguiente nos dirigimos hacia Bahía Blanca, donde llegamos a los dos días. Al salir del campamento en sí atravesamos las tolderías indias. Los toldos son redondos, con forma de horno, y están recubiertos de cueros; a la entrada de cada uno vi clavado un afilado chuzo. Se dividían en grupos separados, que pertenecían a las tribus de los diferentes caciques, y a su vez dichos grupos estaban divididos en otros menos importantes, según el parentesco de sus dueños. Viajamos un largo trecho siguiendo el valle del Colorado, las llanuras aluviales que lo bordean parecían fértiles, y se supone que sean muy adecuadas para el cultivo de cereales. Dejando atrás el valle del río, nos dirigimos hacia el norte y pronto llegamos a una tierra distinta de la llanura que halláramos al sur del Colorado. Era aún seca y estéril, pero crecían en ella muchas clases diferentes de planta, y abundaba la hierba, aunque todavía marchita y descolorida, en tanto que veíamos menos

arbustos y espinosos. Estos desaparecieron totalmente a medida que avanzamos un poco, y pronto quedó la llanura sin siquiera un matorral para esconder su desnudez. Este cambio en la vegetación señala que allí comienza el enorme depósito de carácter calcáreo-arcilloso que constituye la amplia extensión de las pampas, y cubre las rocas graníticas de la Banda Oriental. Desde el estrecho de Magallanes hasta el Colorado, distantes entre sí unas ochocientas millas, el suelo es enteramente de cascajo; las piedrecillas que lo forman son en especial de pórfido, y probablemente su origen está en las rocas de la Cordillera. Pasando el Colorado en dirección al norte, la capa de cascajo se adelgaza gradualmente, y los guijarros se hacen cada vez más y más pequeños, y es aquí donde termina la vegetación típica de la Patagonia.

Después de cabalgar por espacio de unas 25 millas hallamos una ancha faja de dunas que abarca, de este a oeste, hasta donde la vista puede alcanzar. Los médanos que cubren el suelo arcilloso posibilitan la formación de charcos, ofreciendo así, en esta región tan seca, depósitos de agua dulce de inapreciable valor. Las grandes ventajas que surgen de las desigualdades de terreno no siempre provocan una suficiente impresión en nuestro espíritu. Los dos insignificantes manantiales que encontramos en la larga travesía, entre el Río Negro y el Colorado se originaban en pequeñísimas desigualdades en la superficie de la llanura; sin ellas no habríamos hallado ni una gota de agua.

La faja de dunas tiene unas ocho millas de ancho, y en algún período geológico anterior es probable que formara el margen de un gran estuario, situado donde hoy en día fluye el Colorado. En esta zona, donde se evidencian las pruebas cabales de la reciente elevación del terreno, nadie debería dejar de lado tales observaciones, aun cuando solamente se estuviera considerando la geografía física del país. Luego de cruzar este trecho de arena, llegamos al caer la noche a una de las casas de postas, y como vimos los caballos de refresco pastando a la distancia, decidimos pasar allí la noche.

La casa estaba ubicada en la base de una elevación de entre cien y doscientos pies de altura, que resultaba un detalle muy particular en esta región tan plana. Esta posta estaba al mando de un teniente de raza negra, nacido en África: puede decirse en su honor que no había, entre el Colorado y Buenos Aires, un rancho tan pulcramente ordenado como el suyo. Tenía un pequeño cuarto de huéspedes y un corral para los caballos, todo construido de postes y juncos; además, había cavado un foso que rodeaba la casa, a modo de defensa en el caso que fuera atacada. Sin embargo, de poco habría servido esto en tal contingencia, pero de todos modos lo que en él más alertaba parecía ser su intención de vender bien cara su vida. Hacía muy poco una banda de indios había pasado de largo muy cerca, durante la noche; si hubieran sabido de la existencia de la posta, nuestro amigo de color y sus cuatro soldados habrían hallado su fin, seguramente. Jamás me encontré, en ninguna parte, con un hombre de mejor educación ni más obsequioso que este negro, siendo por esto más penoso todavía el hecho de que se hubiera negado a compartir nuestra masa.

A la mañana nos hicimos alistar los caballos muy temprano, y emprendimos viaje nuevamente en un estimulante galope. Dejamos atrás la Cabeza del Buey, antiguo nombre de la cabecera de una gran ciénaga que llega hasta Bahía Blanca. Aquí cambiamos los caballos y recorrimos varias leguas de pantanos y ciénagas salinas. Después de cambiar cabalgaduras por última vez, continuamos atravesando la zona pantanosa, donde mi caballo cayó y dio conmigo por tierra quedándose empapado de aquel barro negro; ciertamente que un accidente muy desagradable sobre todo al no tener a mano una muda de ropa. Cuando estábamos a pocas millas del fuerte vimos a un hombre que nos dijo que había oído el disparo de un cañón de gran calibre, lo que habitualmente se interpreta como señal de que se aproximan los indios. De inmediato, por supuesto, abandonamos el camino y avanzamos bordeando un pantano, que es la mejor manera de escapar si uno se ve perseguido. Fue para nosotros un alivio vernos dentro de las murallas, aunque supimos entonces que la alarma había sido injustificada, ya que los indios del caso resultaron ser amigos, que deseaban aliarse con el General Rosas.

Bahía Blanca casi no merece ser llamada "pueblo"; sólo consta de unas pocas casas y de los barracones donde habitan las tropas, todo encerrado por un profundo foso y una muralla fortificada. Fue establecida hace muy poco (en 1828), y su desarrollo ha estado marcado por continuos tropiezos. La región colonizada fue ocupada injustamente por el gobierno de Buenos Aires, bajo el uso de la fuerza, en vez de adoptar el juicioso ejemplo de los virreyes españoles, que compraron a los indios las tierras que rodean la zona colonizada, más antigua, de Río Negro. A eso se debe la necesidad de levantar fortificaciones, así como la escasez de casas edificadas y de tierras cultivadas en extramuros: ni aun el ganado está seguro de los ataques de los indios pasando los límites de la planicie donde fue levantada la fortaleza.

Dado que el lugar donde el Beagle echaría anclas en el puerto distaba unas veinticinco millas, solicité al Comandante de Bahía Blanca un guía y caballos para que me acompañaran a ver si ya había llegado. Al dejar atrás la llanura de verde hierba paralela al curso de un arroyo, pronto llegamos a una planicie yerma, donde sólo había arena, pantanos salados o simplemente barro. En ciertos puntos vimos matorrales bajos y en otros las plantas carnosas que solamente se desarrollan donde abunda la sal. A pesar de ser una región tan inhóspita, abundaban los avestruces, ciervos, agutís y armadillos. Mi guía me contó que hacía dos meses había escapado de la muerte en forma casi milagrosa. Se hallaba de caza con dos amigos en las cercanías cuando los sorprendió una banda de indios que los persiguieron. Pronto los alcanzaron, y dieron muerte a sus dos acompañantes. Los indios llegaron a trabarle las patas de su caballo con las boleadoras, pero él desmontó rápidamente y con su cuchillo cortó las ligaduras, mientras trataba de guarecerse del ataque de los indios dando vueltas alrededor del caballo, pese a lo cual alcanzaron a inferirle dos serias heridas con los chuzos. Por fortuna logró montar de nuevo, y mediante un esfuerzo sobrehumano pudo mantenerse apenas fuera del alcance de las lanzas de los indios, que no cesaron en la persecución hasta hallarse a la vista del fuerte. Desde ese momento, se emitieron órdenes de que nadie debía aventurarse lejos de la población. Yo no sabía nada de esto cuando salimos de Bahía Blanca, y me sorprendió mucho al ver con qué atención observó mi guía a un ciervo que parecía asustado por alguna razón desconocida y distante de nosotros.